

La esbeltez y los ojos magníficos una, surgió á Carmona una idea feliz.

—El amor se cura con el amor, pensó; para olvidar á una mujer no hay como enamorarse de otra. Y si yo consigo que mi hermano fija en ésta su atención, muy torpe debe ser si no le borro del alma á Dolores.

Siguiendo en estos pensamientos, Carmona detuvo al payador y le obligó á fijar su atención en el paisano.

—Linda es en verdad, dijo, pero mejor era Dolores.

—Es que aquello se acabó hermano. ¿Por qué ha de pensar así en quien no ha de volver á ver más?

—Es que mientras un soplo de vida aliente mi cuerpo, contesto el payador, no habré perdido la esperanza de volver á verla. Por eso estos dos veranos he ido al Baradero, é iré siempre porque hay dentro de mí algo que me dice que á la larga nos vamos de encontrar.

—No importa, hermano insistió Carmona, mientras nu llega ese momento y aunque solo sea para pasar los inviernos, lleguemos á aquel rancho, mire que aquella hermosura no es de tirarla al campo.

Por acceder al pedido de Carmona y creyendo que su amigo tendría en ello un interés particular, accedió y se acercaron al rancho.

Las dos muchachas eran vivarachas por demás y más alegres que un amanecer de primavera.

Hijas de un viejo paisano, jubilado ya por la caña con limonada, se ocupaban de cuidar unas ovejitas y hacer cribos de calzoncillos que vendían en las pulperías cercanas.

El prestigio de los paisanos, que llenaban toda la campaña, los hacían recibir bien donde llegaba. Así es que en cuanto las muchachas supieron que clase de piezas tenían por delante, se compusieron la trenza y se enredaron en alegre plática.

Carmona observó que á Santos Vega le había gustado la Agustina más de lo que él se figuró, así es que hizo lo posible por enrostrarlos en amoroso coloquio. Era una especie de Mefistófeles campestre que ponía en juego todos los recursos de su imaginación traviesa.

Agustina pidió al payador que cantara y éste, entre risa y llanto, cantó una trova á cuyo calor concluyó de derretirse el frágil corazón de la paisanita.

Serían las once de la noche y los amigos se hallaban en lo mejor de la conversación, cuando llegó al rancho el un viejo paisano que venía de estribo á estribo. Era el padre de la muchacha que volvía de la *esquina* adonde se fué por la mañana.

—¡Aurita agarro yo mi arriador les dijo á las muchachas apenas desmontó, y les doy visitas á estas horas! Y ustedes borrachones, dijo á los paisanos, que lo miraban sonriendo, largo de aquí pronto antes que les quiebre el alma. ¡Yo les voy á dar arumacos, manga desinvergüenzas!

Santos Vega soltó una sonora carcajada y se hizo á un lado porque ya el viejo se venía enarbolando el rebenque.

—¡Hasta mañana, prendas! dijo el payador montando á caballo, mientras el viejo dando traspies corría á las muchachas á rebencazos.